A black and white close-up photograph of Michael Caine. He is looking slightly to the right with a serious expression, his hand partially visible near his chin. The background is a plain, light-colored wall.

M i c h a e l

C a i n e

La gran vida

(The Elephant
to Hollywood)

«La historia de una vida apasionante».

—*The Sun*

«Desternillante e inquebrantable».

—*Mail on Sunday*

«El señor Caine es un narrador fascinante...
Hace gala de una cualidad que escasea entre
los que cuentan sus memorias: sentido
del humor».

—*New York Times*

«Estas segundas memorias de Michael Caine
siguen estando repletas de buenas anécdotas,
pero esta vez también hay un toque de
melancolía al mirar atrás».

—*Sunday Times*

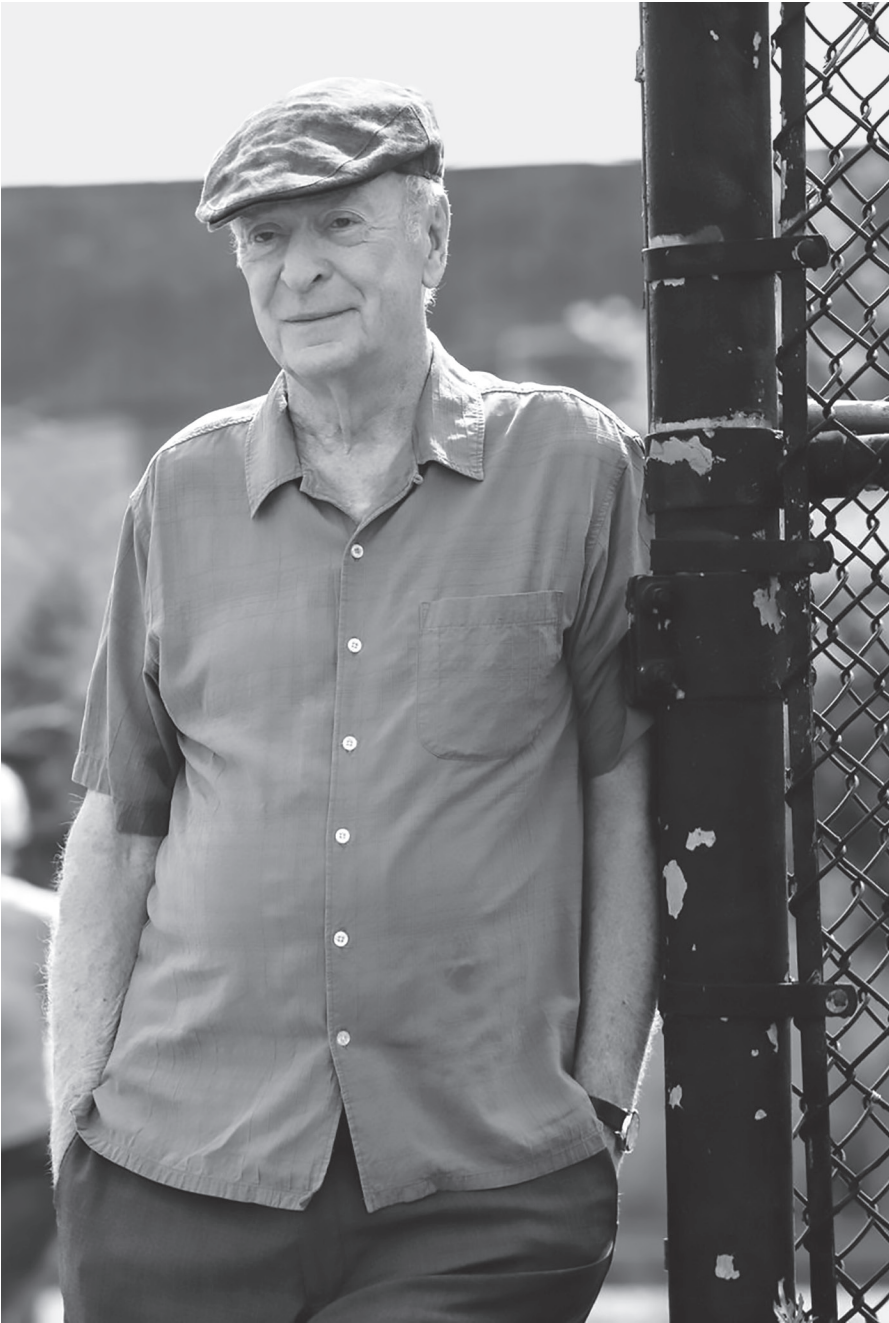
«Leer a Caine es disfrutar de la compañía de un
hombre afable que ha alcanzado la gloria —y la
felicidad— sin que se le haya subido a la cabeza.
Ni la una ni la otra».

— JOHN PRESTON, *Daily Mail*

La gran vida

Avance de lectura

Lanzamiento: 17/02/2019



Michael Caine

La gran vida

(Avance de lectura)

TRADUCCIÓN DE
ALBERTO G^a MARCOS

FULGENCIO PIMENTEL
La principal

Título original: *The Elephant to Hollywood*
Editado originalmente en el Reino Unido
por Hodder & Stoughton en 2010

© 2010 Michael Caine

© 2019 Alberto G^a Marcos por la traducción

© 1965 Stephan C. Archetti / Getty Images por la imagen de cubierta

© 2019 Fulgencio Pimentel por la presente edición

www.fulgenciopimentel.com

Primera edición: febrero de 2019

Editor: César Sánchez

Editores adjuntos: Joana Carro y Alberto G^a Marcos

ISBN: 978-84-16167-83-8

Depósito legal: LR 1628-2018

Impreso en España

[...]

Debuté en un escenario a los siete años, en la función de Navidad del colegio. Estaba muy nervioso, pero cuando hice mi aparición el público estalló en una carcajada. Me encantó. No está nada mal, pensé. Y entonces me di cuenta de que tenía la bragueta bajada. Muchos años después, preparándome para interpretar a un psiquiatra en *Vestida para matar* (un psiquiatra homicida y travestido, para más señas), leí algunos estudios psiquiátricos y una de las conclusiones me impactó especialmente: sugería que todos nos convertimos en lo que más tememos. En mi infancia yo sufría un miedo escénico agudo, y cuando recuerdo lo tímido que era entonces me doy cuenta de lo acertado de esa teoría en mi caso. Yo no era uno de esos chavales que hacen monerías delante de cualquiera. Si venía un extraño a casa, me parapetaba tras las cortinas hasta que se marchaba. Era el niño más tímido del mundo, y creo que me hice actor para superar ese miedo a enfrentarme a los demás. Cuando actúas, proyectas hacia el público un papel y mantienes a tu verdadero yo tras

las cortinas. Durante la promoción de *Harry Brown*, un periodista me preguntó a qué personaje me parecía más: Alfe, Harry Palmer o Jack Carter. Contesté: «Jamás he interpretado a nadie ni remotamente parecido a mí». No pudo entenderlo. Y añadí: «Los conozco a todos, pero no soy ninguno de ellos».

Mi primera aparición pública tuvo lugar en el ala benéfica del hospital St. Olave's, en Rotherhithe, en donde vine al mundo el martes 14 de marzo de 1933. No fue un comienzo fácil. Y probablemente tampoco era el bebé más guapo del mundo, aunque mi madre dijera que sí. Me pusieron Maurice Joseph Micklewhite por mi padre, y nací con blefaritis, una enfermedad ocular leve, incurable pero no contagiosa, que hace que los párpados se inflamen. Nunca le pregunté a Robert Mitchum si padecía la misma enfermedad, pero como muchas otras cosas que en principio parecían un inconveniente, aquello acabó siendo una ventaja: en pantalla, los párpados caídos me daban un aire somnoliento, y, por supuesto, lo somnoliento a menudo resulta atractivo. Pero, en lo tocante a la apariencia, mis ojos no eran el único problema: mis orejas tampoco pasaban desapercibidas. Eso nunca supuso un problema en la carrera de Clark Gable, pero mi madre estaba decidida a que nadie se burlase de mí y cada noche, durante mis primeros dos años de vida, me pegaba las orejas a la cabeza con esparadrapo antes de acostarme. Funcionó, pero no lo recomiendo.

Ese era yo: ojos ridículos, orejas de soplillo y, para colmo, raquítrico. El raquitismo es la enfermedad de los pobres, una falta de vitaminas que debilita los huesos. Aunque acabé superándolo, todavía hoy tengo los tobillos endeble. Cuando empecé a caminar, los tobillos no soportaban mi peso y tuve que usar zapatos ortopédicos. Ah, y también tenía un tic facial incontrolable. En serio, la actuación era lo último en lo que nadie habría pensado al verme.

[...]

Mi madre había encontrado un trabajo como cocinera y nos habíamos mudado a las dependencias del servicio de una casona llamada The Grange, en las afueras del pueblo. Comparado con Elephant and Castle, aquello era un lujo inimaginable: luz eléctrica, cocina totalmente equipada, comida de primera categoría e inagotable (nos dejaban las sobras) y agua corriente, fría y caliente. Incluso tenían un piano en la sala de visitas, con un lateral en forma de arpa, nada que ver con los armatostes que yo había visto en los pubs de Londres.

La casa era propiedad de cierta familia apellidada English. Su fortuna provenía de una compañía maderera: Gabriel, Wade and English. El nombre se me quedó grabado. Años después, Shakira y yo dábamos un paseo

junto al Támesis un domingo soleado cuando pasamos frente a un viejo almacén que, para mi sorpresa, tenía pintado aquel nombre en un lateral. Creo que, por algún motivo, nunca me creí del todo que fuera una auténtica empresa. El señor English era encantador conmigo e incluso se había ofrecido a costearme el bachillerato y la universidad si no conseguía la beca. Yo era un muchacho peculiar, bastante solitario, pero caía bien a la gente, y el señor English a menudo me invitaba a pasar a las dependencias principales de la casa para tomar el té en la sala de visitas. Yo pensaba: algún día, también yo poseeré todo esto... Y la casa de Surrey en la que ahora vivo es, en realidad, su casa, porque he replicado su vida. Y eso incluye también la comida. Como solíamos alimentarnos de las sobras de las cenas de los English, de joven me acostumbré a la caza —faisán y perdiz—, y aquello me condicionó para siempre. Hoy en día me alimento como un terrateniente... ¡pero como un terrateniente que visita Francia a menudo!

A medida que envejeces, te das cuenta de que hay muchas cosas que quizá estés haciendo ya por última vez. Hace un par de años volví a North Runcton con mi hija Natasha. Me habían invitado para inaugurar una placa en el colegio en el que hice mi primera actuación. Nos ofrecieron una gran bienvenida y nos mostraron las instalaciones, que se habían modernizado de manera impresionante, y después nos llevaron a The Grange, donde el actual propietario me permitió atravesar la puerta

principal por primera vez. Al igual que el colegio, la casa había cambiado. Las dependencias donde habíamos vivido ahora eran un garaje doble, pero las dos ventanas en voladizo de la sala de invitados desde las que se dominaban los campos circundantes seguían siendo las mismas que cuando el señor English me invitaba a tomar el té. Y allí, en aquel momento, me di cuenta de que gran parte de mí se había conformado en aquella estancia, mientras que otra gran parte lo había hecho en la escuela que acabábamos de visitar. Cuando emprendimos el viaje de vuelta, a medida que nos alejábamos de North Runcton, fui consciente de estar despidiéndome de mi infancia y de personas que, aunque ya llevaban mucho tiempo muertas, habían sido muy importantes para mí.

[...]

Visitaba la biblioteca pública con frecuencia, pero no disfrutaba tanto de los estudios. Tuve que trasladarme de Hackney Downs Grocers a una escuela más cercana a nuestra casa y aquello no benefició ni al personal de la Wilson's Grammar School ni a mí. La única asignatura que me interesaba remotamente era Francés —y tan solo debido a las falditas de la profesora, que nos permitían vislumbrar sus muslos cuando se sentaba sobre el frontal de su mesa—, de manera que dediqué mi talento creativo

al arte de hacer novillos. Todos los días mamá me daba dinero para la comida y yo, siempre que podía, gastaba la mitad en una barra de chocolate para evitar la inanición y el resto en una entrada del cine Tower, en Peckham.

Allí donde los intentos de Wilson's por educarme fracasaban, el Tower hacía un gran trabajo. Y no solo en lo tocante al cine. Un día llegué a la taquilla con mi chocolatina, como de costumbre. Me disponía a comprar mi entrada cuando la taquillera se inclinó hacia mí y susurró:

—Si me das el chocolate te enseño las tetas.

Casi me da un pasmo. Eché un buen vistazo a su pecho por encima de la ropa. No es que fuera una modelo, pero cuando tienes catorce años casi todas las chicas tienen su encanto.

—Vale —accedí con mi mejor voz grave, y le alargué la chocolatina a través de la ventanilla antes de que pudiese arrepentirse.

Miró a derecha e izquierda. El vestíbulo estaba vacío.

—Aquí las tienes, Romeo —me dijo.

Alzó lentamente un lateral de su suéter, dejando al descubierto un sujetador más bien mugriento. Con un dedo, levantó la copa izquierda, revelando un pezón, primero, y un blanquísimo pecho al completo, después. ¡Era enorme! Lo bamboleó ante mi atenta mirada durante dos segundos, a lo sumo, y volvió a embutirlo en el sostén. Se bajó el suéter, agarró la barrita de chocolate y cerró la ventanilla. A medida que recorría el largo, solitario y oscuro pasillo del interior del cine, sentí como la

indignación crecía dentro de mí. ¡Había dicho “tetas”, en plural! Yo solo había visto una. Y me había quedado sin chocolate. No me pareció justo y me prometí que jamás volvería a pagar a cambio de sexo. Y no lo he hecho. A cambio de amor, sí —en varias ocasiones—, pero esa es otra historia.

[...]

Y allá fui, al lugar de origen de mis sueños de juventud. Me había hecho siempre tantas ilusiones que, llegado el momento, pensé que la realidad sería decepcionante. Me equivocaba: fue mejor que el más descabellado de aquellos sueños. Cuando llegué al aeropuerto de Los Ángeles, me recogió un Rolls Royce que me llevó a toda velocidad a una *suite* de lujo del Beverly Hills Hotel. Se produjo entonces una especie de pausa, un paréntesis de *glamour* que duró unos pocos días: Shirley se retrasaba y yo pasaba las horas en el hotel, en un aislamiento espléndido, esperando su sello de aprobación y la fiesta de bienvenida que había programado para mí. Para entretenerme, me dedicaba al avistamiento de famosos en el vestíbulo del hotel. Yo no lo sabía, pero tanto *Alfie* como *Ipcress* estaban siendo proyectadas, con bastante éxito, en el circuito de cines de lujo privados de Beverly Hills, así que mi cara empezaba a ser reconocible en la ciudad. La

primera personalidad en identificarme fue Jane Russell, la protagonista terriblemente sexy de *El forajido*, de Howard Hughes. Atravesaba el vestíbulo cuando me vio, se acercó a charlar y me invitó a comer. Una comida con Jane Russell... Uno podría pensar que aquello sería la esencia misma del glamour, pero para entonces Jane ya era *une femme d'un certain age*, por decirlo educadamente (había ganado algo de peso), y la comida tuvo lugar en la iglesia de Cristo, Científico, de la que Jane era miembro. No fue mi experiencia hollywoodiense más deslumbrante.

Sin embargo, el siguiente encuentro vestibular lo compensó todo. Estaba allí sentado cuando, de pronto, escuché un helicóptero aterrizando en los jardines frente al hotel, lo cual, según me comentó un botones, estaba absolutamente prohibido. Nos quedamos de pie en la puerta para comprobar quién había osado desafiar la ley de forma tan flagrante, cuando del remolino de polvo emergió la silueta de John Wayne. Entró y se dirigió al mostrador de recepción dando grandes zancadas. Iba vestido de vaquero de la cabeza a los pies, no le faltaba ni el sombrero, y estaba cubierto de polvo. Me quedé mirándolo con la boca abierta mientras él esperaba que le dieran la llave de su habitación. Entonces se giró, me vio mirándolo, me señaló y dijo:

—¿Cómo te llamas?

Apenas podía articular palabra, en parte debido a los nervios y en parte porque llevaba días sin hablar apenas con nadie.

—Michael Caine —grazné.

—Eres el de la película esa, *Alfie*, ¿no?

—Sí —dije de nuevo con la voz ronca.

—Chaval, vas a ser una estrella —dijo—, y si quieres seguir siéndolo recuerda esto: habla bajo, habla despacio y no hables mucho.

—Gracias, señor Wayne.

Me tendió la mano y se la estreché.

—Puedes llamarme Duke —dijo, y poniendo su mano sobre mi hombro me guio a través del vestíbulo.

—Y no uses jamás zapatos de gamuza —dijo en tono de confidencia.

Aquello me desconcertó.

—¿Por qué no?

—Verás, el otro día estaba meando y el tío del urinario de al lado me reconoció, se volvió hacia mí y me dijo: «¡John Wayne! ¡Eres mi actor favorito!». Y me meó en los zapatos de gamuza.

Dicho esto, desapareció. En Hollywood volví a coincidir con la leyenda muchas veces más, y siempre tenía un consejo que darme. También lo vi cuando estaba muriéndose de cáncer, en 1972. Shakira estaba ingresada en el UCLA Medical Center, fui a visitarla y me encontré con John Wayne en la habitación contigua. No recuerdo de qué hablamos, seguramente sería de los viejos tiempos, de los conocidos, pero lo que sí recuerdo es su coraje frente a una enfermedad terminal contra la que llevaba luchando mucho tiempo.

—Esta vez va en serio, Mike —me dijo.

Cuando dieron el alta a Shakira pasé a verlo por última vez.

—De esta no salgo —me dijo cuando ya me levantaba para irme, y al ver que yo estaba al borde de las lágrimas, añadió—: ¡Sal de aquí cagando leches y diviértete un poco!

Me fui antes de que pudiera verme llorar.

[...]

Pero en los setenta, aunque ya había dejado de fumar, bebía como un cosaco: hasta tres botellas de vodka diarias. Y me aburría. Tenía dinero de sobra, amigos de sobra, trabajo de sobra, pero seguía insatisfecho. Aún no me había trasladado definitivamente a Mill House y pasaba mucho tiempo en Londres. Paul y yo salíamos todas las noches y visitábamos nuestros garitos favoritos, pero me di cuenta de que había perdido la ilusión. Cierta noche estaba demasiado cansado como para salir de bares, así que llamé a Paul y le propuse cenar en casa y ver un poco la televisión. Aquel ataque de pasión hogareña le sorprendió un poco, pero de todos modos vino a casa.

La que voy a relatar a continuación es un historia que me piden a menudo que cuente. Parece increíble pero es cierta, y a veces me entran sudores fríos cuando pienso en todas las cosas que podrían haber salido mal. Podría haber

cambiado de canal (aunque en aquella época remota solo había dos, y los cambiaba con el palo de la escoba para no tener que levantarme), podría haber ido a la cocina para buscar algo, podríamos haber cambiado de opinión repentinamente y salir por ahí. En todo caso, no sirve de nada imaginarse qué podría haber pasado, porque lo que sí sucedió fue que durante la pausa publicitaria emitieron un anuncio de café Maxwell House y, ante mis ojos, apareció la mujer más bella que había visto en mi vida. Arrojé a un lado el palo de escoba y me incliné hacia el televisor para verla más de cerca.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me preguntó Paul—. ¿Te has vuelto loco o qué?

—La chica —contesté roncamente—. Es la chica más guapa del mundo. Tengo que conocerla.

—Relájate, Michael —dijo Paul afectuosamente—. Ese anuncio está rodado en Brasil. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a volar al puto Brasil?

—Sí.

Adiviné la compasión en su mirada. Obviamente, pensaba que me había vuelto loco.

Recorrí la casa como un león enjaulado, desesperado por que pasaran las horas y poder llamar a primera hora de la mañana a las oficinas de Maxwell House y enterarme de quién había realizado el anuncio. Llegó un momento en que ya no podía más, así que Paul y yo nos pusimos los abrigos y nos acercamos hasta Tramp en busca de Johnny Gold, que siempre está dispuesto a

escuchar a un amigo. Johnny me señaló una chica guapa tras otra en la pista de baile, pero no sirvió de nada: yo ya me había enamorado. Al final, emocionalmente exhausto, decidí dar por concluida la noche y, justo cuando me iba a marchar, me topé con Nigel Politzer, un tipo que conocía de vista.

—¿Cómo es que te vas tan pronto? —pregunto—. ¡Y solo!

—¡Estoy enamorado! —declaré dramáticamente—. Y es un amor imposible. Esta noche he visto a una chica brasileña en la televisión y quizá no vuelva a verla nunca.

Nigel me dio unas palmaditas en la espalda y preguntó:

—¿En qué programa?

—No era un programa —repliqué apesadumbrado—. Era un anuncio de Maxwell House.

Se rio a carcajadas.

—¿La chica de las maracas?

—¡Sí! —aullé—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque trabajo para la empresa que ha hecho el anuncio.

—¡Entonces puedes ayudarme! —Lo agarré por las solapas—. Paul y yo nos vamos mañana a Brasil, a buscarla. ¿Tienes idea de cómo podríamos ponernos en contacto con ella cuando lleguemos?

Nigel volvió a reírse a carcajadas.

—¡Es más fácil que todo eso, tío! Ni es brasileña ni vive en Brasil. Se llama Shakira Baksh, es hindú y vive en Fulham Road.

Pasé el resto de la noche debatiéndome entre la desesperación y el éxtasis. ¡Fulham Road! ¡A kilómetro y medio de mi casa! Tan cerca... Pero ¿y si ya tenía novio? ¿Y si estaba casada? ¿Y sí —la ironía definitiva— era lesbiana? Nigel me prometió llamarla a la mañana siguiente y pedirle permiso para darme su número de teléfono. ¿Y si se le olvidaba llamarla? Acabé cayendo en un sueño inquieto del que me despertó Paul a eso del mediodía.

—Te llama Nigel —me dijo.

Le arranqué el auricular de las manos.

—Le parece bien que te dé su número —dijo Nigel, cuya voz sonaba muy lejana.

Agarré un bolígrafo y anoté el número con mano temblorosa.

Necesité dos vodkas y un puro para hacer la primera llamada. Cuando al fin llamé, contestó una compañera de piso (una mujer, comprobé con alivio). Me dijo que Shakira estaba en la ducha y que llamase en media hora. Necesité otro vodka y otro puro para hacer la segunda llamada. Esta vez contestó ella. Sí, me conocía. Sí, había visto algunas de mis películas (no mencionó si le habían gustado o no). Y me advirtió que no tenía costumbre de dar su número de teléfono a desconocidos. «¡Por supuesto que no!», balbuceé, y después hice un comentario absurdo en la línea de que no éramos desconocidos porque la había visto en televisión. Casi podía verla enarcando una ceja al otro lado de la línea. Intenté recuperar posiciones preguntándole si podía invitarla a cenar. Sí, podía, pero

no en los próximos diez días. ¿Diez días? Acepté, por supuesto, pero aquellos diez días fueron los más largos de mi vida y conté las horas y los minutos hasta que pude llamarla de nuevo. Cuando llegó el día, con dos vodkas en el cuerpo, la llamé y le sugerí que podía pasar a recogerla al día siguiente a las ocho. No le gustó nada.

—No —respondió con firmeza—. Me das *tu* dirección y *yo* paso a recogerte.

No me pareció inadmisibile, aunque para entonces habría accedido a cualquier cosa que me pidiera.

Necesité más vodka para sobrellevar las siguientes veinticuatro horas, pero a las ocho ya había eliminado todo rastro de alcohol y tabaco del piso y me había desinfectado el hocico con tanto enjuague bucal que me ardía. Creo que nunca había estado tan nervioso como aquella noche, esperando que sonara el timbre.

Al fin: un timbrazo largo y firme. Hice todo lo posible por mantenerme impassible, me dirigí con calma hacia la puerta, la abrí, y me enamoré. En persona, Shakira era mucho más hermosa que en pantalla. Me quedé mudo. Me tendió su mano como saludo y le di la mía. Y la retuve así, no quería perderla. Al fin recobré el sentido y la invité a pasar: entró en mi piso y en mi vida, y desde entonces ella ha sido el centro de todo para mí. Finalmente, salimos a cenar. Durante la cena me enteré de que era de una familia cachemir emigrada a la Guyana y que había nació allí. Alcanzó el título de Miss Guyana y vino a Gran Bretaña para participar en el concurso de Miss Mundo.

—¿Cómo quedaste? —inquirí torpemente.

—Tercera —contestó muy seria.

No recuerdo de qué hablamos, pero nunca olvidaré lo intensa que fue nuestra primera cita. Durante las siguientes semanas nos vimos constantemente, hasta que ella tuvo que viajar a México para trabajar como modelo y yo a Malta para hacer *Historias peligrosas*, la segunda película que produciría con Michael Klinger. Shakira y yo pensamos que aquello sería la prueba de fuego. Nuestra relación había alcanzado tal intensidad en tan poco tiempo que a los dos nos asustaban nuestros sentimientos. Quizá fuera buena idea pasar una semana separados. Pues no, fue una idea pésima. Nos echábamos de menos con desesperación, y llamar a México desde Malta era prácticamente imposible en 1972. Tan pronto terminó su grabación, Shakira voló a Malta para reunirse conmigo. Desde entonces, no hemos vuelto a separarnos.

[...]

Gracias a Dios no tuve que lucir lunares en *Vestida para matar*. Hacia el final del rodaje se me ocurrió llevarme a casa la ropa de mujer para gastar una broma a Shakira —que aparece habitualmente en las listas de mujeres mejor vestidas del mundo—, pero me salió el tiro por la culata: pensó que tenía un lío con otra... ¿Con una

mujer fornida de metro noventa? ¡Pensaba que Shakira me conocía mejor!

En muchos de los planos largos, mi papel lo interpretó un doble —una mujer— de mi altura, aunque tuvo que ponerse algo de relleno para simular mi corpulencia. Ella interpretó la escena más famosa de la película, aquella en la que mi personaje asesina a Angie Dickinson a navajazos. Es una escena horripilante —yo no la vi hasta mucho después— y nos causó muchos problemas en la época. Brian de Palma —uno de los directores técnicamente más competentes con los que he trabajado— insistió en que era la decisión acertada. Era la única muerte en toda la película y quería provocar el máximo impacto. Lo consiguió, ya lo creo.

El concepto de la dirección de Brian de Palma me recordó mucho al de Alfred Hitchcock. No es que yo haya trabajado con Hitchcock, pero llegué a conocerlo bastante. No se puede decir de ninguno de ambos que fuesen los reyes de la simpatía, pero técnicamente eran brillantísimos y procuraban aplicar un enfoque muy frío, que seguramente sea el ideal para las películas de terror, donde la edición ha de ser milimétrica porque lo que importa no es la conexión de los actores con el público, sino la atmósfera. Me encanta el modo en que Tarantino ha jugado y reinventado el género. *Pulp Fiction*, concretamente, es una genialidad.

Considero que *Vestida para matar* es un *thriller* mortalmente bueno, y a mí me sigue dando miedo. Se estrenó

por las fechas en las que intentaban atrapar a un asesino en serie al que llamaban «el Destripador de Yorkshire», y hubo varios grupos que presionaron a la distribuidora para que la retirase del norte de Inglaterra. Según ellos, podía alentar al asesinato. (Cuando finalmente atraparon a Peter Sutcliffe, le preguntaron si había visto la película: contestó que no).

De lo que estoy bastante seguro es de que mi madre nunca me vio en *Vestida para matar* (y casi mejor así: quizá le hubiera recordado algunos de los mayores miedos de mi padre sobre la carrera que había elegido), pero sí que vino a visitarnos a Los Ángeles en aquella época. Ya tenía ochenta y un años, y casi todo lo referido al viaje y a nuestra vida era una experiencia completamente nueva para ella. Al igual que la madre de otro colega británico de clase obrera que había triunfado y que era nuestro vecino en Hollywood, David Hockney, no se dejó desconcertar. Una tarde, la señora Hockney vino a tomar el té a nuestra casa y yo le pregunté qué le parecía Beverly Hills.

—Maravilloso, querido. Pero es un auténtico desperdicio.

—¿Desperdicio de qué?

—¡Tanto sol y nadie tiende la colada al aire!

Mi propia madre dio en el clavo sin pretenderlo, a lo Mrs. Malaprop¹:

1 Mrs. Malaprop es un personaje de la obra teatral *The Rivals*, de Richard Brinsley Sheridan, estrenada en 1775. Mrs. Malaprop se caracteriza por el empleo de palabras incorrectas de sonido similar a las correctas, dando

—Oooh —dijo en el coche que la llevaba desde el aeropuerto a Beverly Hills, señalando el paisaje—, ¡mira como trepa la *hiena* por las paredes!

Sin saberlo, acababa de resumir Hollywood en una frase.

Dominique también vino a Los Ángeles y, una vez reunida toda la familia, las llevé a mamá y a ella a Las Vegas, a modo de regalo sorpresa. Allí, mamá se movía como pez en el agua, no había noche que se acostase antes de las tres de la madrugada e imaginé que en su juventud nunca había tenido oportunidad de disfrutar así. Al final admitía que ya era hora de ir a dormir, aunque no le complacía demasiado la decoración de su habitación en el Caesar's Palace.

—A ver, el espejo del techo, encima de la cama... ¿para qué sirve? Menudo despilfarro —dijo.

Tuve que inventar algo rápidamente: mamá todavía se desnudaba con la luz apagada.

—Es para que las mujeres puedan maquillarse antes de levantarse de la cama —se me ocurrió decirle.

—Son más vagas que la chaqueta de un guardia —bufó. Ciertamente.

Tras la marcha de mamá (estaba deseando ponerse al día con su culebrón favorito) y unos pocos días de asueto,

lugar a situaciones absurdas, habitualmente con resultados cómicos. El nombre del personaje deriva de la expresión francesa *mal à propos* [**inoportuno**], y en inglés ha dado a lugar al término «malapropism», que designa el efecto de confusión lingüística descrito.

partí hacia Hungría para trabajar de nuevo con John Huston. La película era *Evasión o victoria*, ambientada en la segunda guerra mundial, y giraba en torno a un grupo de prisioneros que juegan un partido de fútbol contra un equipo alemán. Además de contar con Huston como director, en la película participaba Sylvester Stallone —que acababa de hacer los exitazos *Rocky* y *Rocky II*— en el papel de portero. Trabajar con Sly fue maravilloso, aunque agotador: no paraba de hacer ejercicio. Si teníamos cinco minutos de descanso, se ponía a hacer flexiones; si teníamos diez minutos de descanso, se ponía a hacer flexiones y sentadillas. Adelgacé solo de verlo. En general, era un tipo muy divertido, salvo por cierta actitud de «estrella» de Hollywood que había adquirido. Estaba escribiendo el guion de *Rocky III* (o quizá era la *IV* o *V*) y se empeñó en que solo lo convocasen al plató cuando fueran a rodarse escenas en las que tenía que participar. Tenía cosas más importantes que hacer que perder el tiempo esperando. Una mañana lo llamaron para rodar una escena, pero cambió el tiempo y tuvo que esperar tres horas mientras se rodaba otra escena. Nos hizo saber que al día siguiente nos haría esperar a todos tres horas como compensación. Efectivamente, el día siguiente nos pasamos tres horas sentados para que él pudiera resarcirse. Todo el mundo pensaba que yo explotaría —y estaba muy cabreado—, pero se me había ocurrido una idea mucho mejor. Cuando por fin Sly se dignó a aparecer, le pregunté si podía hablar con él en privado.

—Solo quería darte las gracias. Anoche estuve de fiesta y no me había aprendido mi diálogo. Estas tres horas me han salvado el culo. —Me miró desconcertado y yo proseguí—: Y esta noche tengo otra fiesta y mañana mi personaje tiene más diálogo. ¿Podrías retrasarte mañana otras tres horas para echarme un cable?

[...]

Por mi parte, nunca he formado parte de lo que yo llamo «la burbuja de Hollywood». Al menos, no en la medida en que lo hacen algunas grandes estrellas. En el caso de Frank Sinatra, por ejemplo, y aunque llegamos a ser buenos amigos, todo tenía que desarrollarse en base a sus términos. Si lo visitabas, entrabas en su mundo. Frank imponía su propia ley, con él no existía nunca una relación de igualdad. Fuera donde fuese, siempre lo rodeaba un séquito que le allanaba el camino. Recuerdo que, en cierta ocasión en que lo visité, uno de aquellos acólitos me susurró:

—Hoy Frank está de muy buen humor.

Ciertamente, lo último que uno querría era encontrárselo de mal humor. Pero contesté:

—¿Y yo qué? ¿Qué pasa si yo estoy de mal humor?

—¿Qué más da? A nadie le importa una mierda cómo te sientas tú, Mike.

Es lo lógico. Frank siempre fue el jefazo.

«Su voz se reconoce nítidamente. Sus fans
—y todos sabemos quiénes somos— vamos
a disfrutar de lo lindo de este viaje».

—*Choice*

«Caine es algo más que una celebridad de
alto voltaje; es alguien que hace que cualquier
moderno parezca ordinario».

—*The Times*

«Inolvidable. Podría haberse permitido ser
autocomplaciente, pero sus historias destilan
autocrítica, y lo hacen contadas desde una voz
tan inconfundible como la suya. Es esto lo que
nos lleva a situarlo al nivel del clásico de David
Niven, *The Moon's a Balloon*».

—*Independent*

«Esta autobiografía es de *volar las puertas*».

—*Fabulous*

Durante algo más de cinco décadas, ha sido espía, matón, mayordomo, oficial nazi, estafador, donjuán, peluquero y asesino, entre docenas de personajes que, con frecuencia, exigieron de él la máxima solvencia interpretativa. Pero **Michael Caine** no dejó de ser nunca Michael Caine para una audiencia rendida a sus encantos.

Su metro noventa, sus rizos rubios, su sonrisa socarrona y sus párpados pesados como leños encarnaron al tipo que muchos queríamos ser: un canalla, un fresco, un héroe, un caballero, casi siempre todo al mismo tiempo, y casi siempre un peldaño por encima de lo meramente humano. Publicado por primera vez en español, este libro abarca casi ocho décadas de sus peripecias y nos permite comprobar que ni siquiera rodeado por el oropel de Hollywood dejó de ser nunca el niño esquivo, huraño y burlón del humeante Londres de su infancia.

fulgencio pimentel

La principal